Utopías y educación

El hombre es sus visiones:
una tarde después de una tormenta
viste o soñaste o inventaste, es lo mismo.

Octavio Paz

Bárbara Kepowicz Malinowska*

Universidad de Guanajuato, México

*Investigadora en el Instituto de Investigaciones Educativas de la Universidad de Guanajuato.
Correo electrónico: biobara1@hotmail.com
y kepowicz@quijote.ugto.mx

Resumen

Ante las múltiples decepciones producidas por los acelerados cambios de la modernidad tardía, se contrapone en este texto, la idea del papel constructivo que juegan las utopías en el desarrollo de la humanidad y específicamente en la educación. Se parte de una revisión de las denotaciones y connotaciones, no siempre favorables, del término de la utopía y de la reflexión sobre la presencia de las diversas utopías en los movimientos de transformación social, para introducir y sostener la idea de su relación inseparable con la educación. El discurso de la búsqueda permanente de excelencia y calidad en la educación, así como el énfasis en las reformas e innovaciones educativas, presupone un compromiso con lo colectivamente construido como deseable, en su carácter multireferencial y multidimensional, propio de los diversos contextos socioculturales y económicos. Sin la pretensión de determinar cuál es la utopía educativa más apropiada para el siglo XXI, se recuperan las ideas claves y las aportaciones de los distintos pensadores sobre la educación para el futuro. Finalmente, se enfatiza el rol de los investigadores y de la Universidad, para potenciar el pensamiento utópico y se analizan los posibles elementos para la elaboración de utopías educativas propias para el contexto mexicano.

Palabras clave:

Educación
Futuro
Utopía
Universidad
Investigación

Abstract

This article is intended as a counterpoint to the many disappointing delays in modernization experienced in recent times. It focuses on the valuable role of utopias in the progress of humanity, in particular in education. We begin with a review of the denotations and connotations-not always positive-of the term “utopia”, and of the variety of utopias in social change movements. With this, we hope to introduce and develop a concept of the inseparable relationship between utopia and education. Both discourse on the perennial search for educational excellence and an emphasis on educational reform and innovation presuppose an assumption of what is collectively deemed as multireferentially and multidimensionally desirable, inherent in a variety of sociocultural and economic contexts. Although we do not attempt to identify the most appropriate educational utopia for the twenty-first century, we bring together the key ideas and contributions of various theorists on education for the future. We emphasize the role of researchers and of the University in enabling utopian thought, and we analyze the potential elements required to construct educational utopias for the Mexican context.

Key words:

Education
Future
Utopia
University
Research

Los principales cuestionamientos que se entretejen en este texto son diversos y tienen que ver con los cambios que ha tenido el concepto de utopía y su presencia en el desarrollo de la humanidad y el papel (posibilidad, necesidad e importancia) del pensamiento utópico en la educación y las consecuencias de su presencia o ausencia, específicamente en la Universidad.[1]

En nuestro acelerado mundo, intentar construir utopías parecería: anacronismo, locura, falta de ubicación en la realidad o pérdida de tiempo; todo menos algo valioso. Muchas veces, se califica como utópico aquello que es quimérico, irrealizable, imposible y que en verdad se pretende descalificar. Sin embargo, la realidad en que vivimos demanda cada vez más un pensamiento utópico y especialmente lo requiere el campo educativo.

Entre estas posturas puede mencionarse a Jacques Delors (1996) que titula uno de los apartados de su informe *La educación o la utopía necesaria* y en el ámbito mexicano, Alicia de Alba (1993) que señala la paradoja entre posmodernismo, ausencia de utopía y determinación curricular. En su opinión, el problema de la educación para el siglo XXI no es su carácter utópico, sino precisamente su ausencia, como base de los proyectos educativos. En el nivel discursivo, lo utópico se entiende como lo deseable, que a partir de una crítica sustentada acerca de la situación, denuncia lo que no es y anuncia lo que es valioso. Se caracteriza, pues, por el pesimismo de la realidad y el optimismo del ideal.

Los argumentos *a favor* de la construcción de las utopías enfatizan la dificultad de separar la educación de un *deber ser* y un ideal educativo, sin los cuales ésta parece perder el rumbo, la calidad y el sentido. Además, la educación se justifica en términos de futuro, es decir, la educación es: *para un mundo mejor*, *para ser alguien*, *para superarse*, *para progresar* y esta intencionalidad implica la actividad de anticipación. Ahora más que nunca la aceleración de los cambios, obliga a una mayor previsión e imaginación de las futuras condiciones de vida y de la sociedad del futuro.

Por otro lado, los argumentos *en contra*, tienen sus raíces en las connotaciones del término como un *sueño imposible* y en las complicaciones que producen las distintas versiones de dicho sueño. La modernidad resultó ser un proyecto inacabado[2] y la posmodernidad con sus críticas a las tendencias tecnicistas, apenas empieza a ofrecer alternativas viables; quedándose —las más de las veces— en el nivel de la esperanza de transformar el mundo a través del diálogo y el consenso que pudiera construirse entre todas las personas.

En el contexto de estos planteamientos iniciales: ¿cómo surgió y qué transformaciones sufrió el concepto de utopía?, ¿qué utopías se cultivaban?, ¿qué se entendía por utopía y cómo se puede resignificar este concepto para integrarlo a la *praxis*?, ¿cuál sería el concepto de *utopía necesaria*?

En el campo educativo: ¿es más propio hablar de creación de las utopías o de rescate de las ideas de valor perdidas?, ¿cuál es el papel de las universidades en el desarrollo del pensamiento utópico para la educación del futuro?

Las respuestas requieren de la revisión de las raíces del pensamiento utópico en el campo educativo.

Pájaro naranja, Óleo mixto sobre masonite, Héctor Nájera

La presencia de la utopía en el desarrollo de la humanidad

Las utopías

En las diversas cosmovisiones construidas a través de la historia, podemos encontrar la idea de lo utópico mediante la expresión de la felicidad eterna y como *algo* que perseguir durante la existencia humana. Dentro de los mitos y las distintas religiones, el concepto está presente, tanto en la versión de un principio de toda la existencia; es decir, un *paraíso inicial* o *un paraíso perdido*, como en la versión del *premio final* por una vida ejemplar, que se vincula con eternidad, paz, bienestar, conservación, etcétera. Esto permite la distinción entre el hombre y los dioses por un lado y entre el hombre y la maldad por el otro.

Platón, en su diálogo *La república*, describió una utopía del *Estado ideal* basado en la justicia, dirigido por sabios gobernadores, defendido por guerreros valientes y desarrollado por la mayoría de ciudadanos que trabajan como agricultores y artesanos. La vida de estos ciudadanos está dedicada al trabajo y al disfrute de los bienes y la vida de los gobernantes es austera; son los más sabios y prudentes y no manejan la propiedad privada. Para los guardianes se propone un comunismo basado en la razón. El Estado tiene una estructura jerárquica apoyada en la moderación y la razón.

En algunas utopías posteriores y específicamente en las desarrolladas por el cristianismo, se enfatiza el rechazo a la propiedad privada como principio de todos los males (San Agustín) y la idea de la convivencia en comunión y democracia.

En la historia de la humanidad, las utopías adquieren un valor especial en los momentos de crisis, como un sinónimo de recuperación del rumbo y del sentido de la evolución de la humanidad y de la vida. Las grandes revoluciones y las guerras por la independencia fueron inspiradas por los ideales de libertad e igualdad. Los sistemas capitalista y socialista fomentaron el debate entre esos dos grandes principios fundamentales.

Cuando se recupera la trayectoria del pensamiento utópico, puede detectarse la existencia no sólo de distintas versiones sino también de distintos significados a través del tiempo, se pueden discernir dos principales momentos: las utopías clásicas y las actuales.

Utopías clásicas

Su objetivo era básicamente la búsqueda de las condiciones ideales para la felicidad y plenitud del hombre y de la sociedad. Desde el concepto que introduce Thomas Moro (1516) la utopía adquiere el significado de una isla, donde al propiciar todas las condiciones para el ideal se logra la felicidad plena. El aislamiento parece ser una de las condiciones; ya que, en el mundo real, donde predominan las determinaciones sociopolíticas y económicas, muchas veces tergiversadas, la utopía significa lo imposible e irrealizable.

Con el tiempo la obra de Moro inspiró distintas aportaciones como las de Morris, Rosseau, Owen y los socialistas utópicos, así como también el mesianismo *activista* o a los *místicos* individuales o colectivos.

Posteriormente la utopía ofrece una categoría explicativa de las peripecias del hombre y se convierte en algo estructural de la naturaleza humana en contra de la insatisfacción, alineación, angustia y desventura. *El Gran deseo* del cual habló Nietzsche, insinúa que el hombre está constituido por la pasión más que por la racionalidad. La fuerza con la cual el hombre genera y engendra las utopías, significa a la vez la energía que le permite convertirse en *transgresor* de lo establecido. Así como sin las utopías no se hubieran producido la mayoría de los eventos decisivos para la historia de la humanidad, en la actualidad la motivación de las acciones humanas está relacionada con la construcción de nuevas utopías.

Las utopías actuales

La crítica de los espejismos de las utopías clásicas condujo a la reconceptualización del término como *soñar despiertos* (buscando la felicidad) o *sueños diurnos* de Ernest Bloch (1977) partiendo de la tesis de que: “no tenemos ninguna seguridad, sólo disponemos de la *esperanza*”. En su interpretación, ante la falta de seguridad, al hombre sólo le queda la esperanza para construir un mundo mejor después de las devastaciones de la primera guerra

mundial. Según este autor es imprescindible la categoría de utopía como categoría explicativa de la mayoría de los movimientos liberadores.

Las utopías del siglo XX, además de tener mayor realismo, están mezcladas con el pensamiento histórico y aprovechan las conexiones con la ciencia, la técnica y la planificación, para conducir a un dominio más racional de la naturaleza y de la sociedad.

Paulo Freire (1990) comprende la utopía como opción del hombre para *trascender* (sin caer en los idealismos ingenuos) los procesos de adaptación del mundo y poder transformarlo en la dirección deseable. Este cambio surge a partir de la imaginación de las alternativas, de lo *inédito viable* de los sueños, que son inseparables de la esperanza. La utopía funge como *motor de la historia* y del desarrollo. Así, la obra de Paulo Freire está inspirada por la *utopía de la libertad y de la esperanza* en el mejoramiento social y la participación comunitaria. La dimensión social vincula estratégicamente las utopías con la realidad.

En la opinión de Jürgen Habermas: "Las utopías sociales, mezcladas con el pensamiento histórico, que toman parte de las controversias políticas desde el siglo XIX, despiertan expectativas más realistas", que al menos en el plano hipotético posibilitan la conversión de los sueños en realidades y sobre todo favorecen la *emancipación* (Habermas, 1988:116). Hugo Zemelmann(1992: 26), reforzando las ideas de *transformación social* propone:

> Participamos de la voluntad de transformación de la sociedad y del hombre mismo, comprometiéndolo en la decisión de pensar en su futuro, rompiendo los bloqueos históricos y gnoseológicos que le impiden vislumbrar algo nuevo fuera de lo que se define como inexorable.

Esto requiere poner atención en lo que no se da en la realidad, enfatizar lo posible y potencial, pensar no sólo en función de las representaciones sino de *espacios articuladores* y de esta forma activar cambios y transformaciones. Más que de verdades debemos hablar de construcciones posibles y viables.

La consideración de que las utopías no sólo son entidades ficticias y aventuradas, sino también *críticas, sociohistóricas y políticas*, conduce a Varela Barraza y Escobar Guerrero (1996:75) a un concepto de utopía que comprende: "...*1*. El análisis crítico y riguroso de las relaciones sociales y *2*. Alguna alternativa para esa realidad concreta".

Por su parte, Ordiales (1996: 49 y 50), considera la utopía como un *sueño filosófico político* con carácter de *realizable* ya que: "se conforma a partir de la convicción de su posibilidad de realización".

Las utopías apoyan y fundamentan su *fantasía de transformación* del orden vigente, anticipando las resoluciones históricas y organizando el futuro en función de la convocatoria motivante y comprometedora (García Méndez, 1996). Suelen presentarse positiva y plenamente, como un ideal cuyo papel es la señalización del rumbo de la superación.

A lo largo del siglo XX, surgieron varios intentos por construir las utopías sociales que lograron impactar en escala macrosocial. Como las comunas de trabajo y convivencia en Rusia, las comunidades Gandhi de la India y otras más, generadas a partir de la novelística y de la ciencia-ficción.

La inteligencia y la sabiduría —conjugadas con los valores espirituales— adquieren cada vez mayor importancia en los proyectos de desarrollo humano. El debate entre la modernidad *reciente*[3] o *tardía* y posmodernidad es un debate entre dos distintas visiones del desarrollo del hombre: la pragmática y eficientista y la del énfasis en las *intersubjetividades en diálogo*, por la libertad, sensibilidad, creatividad y arte.

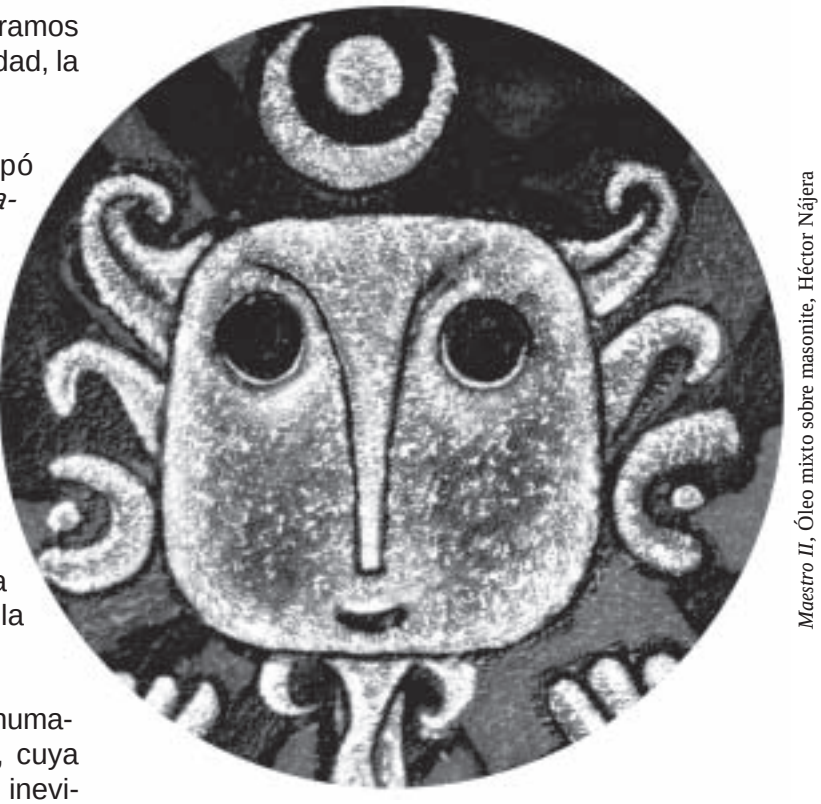
Además de ser un sueño, las utopías cumplen con el papel de *ideas-valor* y propuestas ideales para guiar la transformación de la sociedad. Así, consideradas en un principio como sueños imposibles, las utopías de expansión del hombre en el espacio, de creación de las nuevas civilizaciones entre otros, se vuelven cada vez más reales.

No obstante, el desarrollo de la civilización enseña que también hay utopías que parecen ser muy difíciles de alcanzar y éstas, más que cambiar al mundo, se refieren a cambiar la mentalidad del hombre. En relación con las utopías del *hombre pleno* se tiene la sensación de retroceso y no de progreso. Los problemas de violencia, marginación, drogadicción, pobreza, ejercicio del poder por encima de los derechos humanos, entre otros, son

el mejor ejemplo de qué tan lejos nos encontramos en relación con la paz, la libertad, la hermandad, la sabiduría y la posibilidad del hombre feliz.

La crisis del mundo moderno destapó graves problemáticas como las del *totalitarismo*[4] y la inhumanidad, el dominio de la producción y el consumo en función de un mercado monopólico y computarizado y la sociedad con el pensamiento y el sentimiento amputadas.

A medida que se complica la organización política, económica y social, aparecen protestas, conflictos sociales, neurosis y otros fenómenos, que buscan expresar y denunciar la pérdida del espacio humano y la destrucción de la racionalidad del sujeto por la racionalidad objetual.



Maestro II, Óleo mixto sobre masonite, Héctor Nájera

De acuerdo con Herbert Marcuse, el ser humano queda reducido al *fabricador fabricado*, cuya insatisfacción ante la realidad social es algo inevitable, ya que lo pone ante el dilema de la muerte o la locura. Las sociedades modernas, centralizadas, burocratizadas, estatizadas y explotadoras, están en contra de las características de la naturaleza humana. Las depresiones, las angustias, la despersonalización, la indiferencia ante la vida y la violencia en su expresión física y simbólica son algunos de los síntomas de este mal.

Con esto, las nuevas utopías encarnan la protesta ante las circunstancias aplastantes, son sueños que guardan estrecha relación con las realidades sociales, políticas y económicas, prefiguran nuevos modelos para vivir que empujan hacia ellas generando la motivación que siempre exige más. En términos de la prospectiva son *escenarios deseables* para el desarrollo de la humanidad.

En este relato no se pretende defender alguna de las utopías en especial, ni el mesianismo de diversas índoles; se busca rescatar la importancia de las diferentes propuestas para el cambio de la sociedad, que se encuentra en una permanente lucha por la libertad, el pluralismo de ideas y opciones para las soluciones propias de cada época.

La célebre frase atribuida a André Malraux: "El siglo XXI será espiritual o no será", abre de nuevo el debate, que abarca tanto cuestiones religiosas como movimientos de acercamiento humano, el resurgimiento de los valores y de los sueños de libertad y del culto a la naturaleza. ¿Cómo entender ante todo esto el concepto de utopía en la educación?

Utopías en el campo educativo

La profesión educativa no puede prescindir de la utopía, tanto en sentido amplio (macrosocial), como en sentido preciso. Entre las tareas significativas de las personas comprometidas con ella, están la reflexión acerca de lo que sucede y la formulación de sus fines, que tienen que ver con la transformación de la realidad; promoviendo la lucha por la dignidad del hombre.

La responsabilidad del educador debe fundamentarse en la reflexión de que el hombre es el único ser que debe anteponer la ética y el deber ser a su condición de ser. Horacio Cerutti (1986) expresa que "... lo posible entendido como la extrapolación a futuro de lo ya sido nos deja, en verdad, sin futuro; sin un futuro propio". Para que el futuro deje de ser sólo una tentación, es necesario ponerse en el camino de la construcción de la propia utopía y constituirse en el agente del propio destino.

Fotografía: José Flores Vega

Al hablar de utopías educativas, es imposible omitir la novela *Emilio* de Juan Jacobo Rousseau escrita en 1762, cuyas ideas impactan a pensadores como Pestalozzi (*Leonardo y Gertrudis*, 1781); Goethe (*Años de andanzas* de Wilheim Meister) o Montengón (*Eusebio*, 1786). Entre los autores del siglo XX, puede mencionarse a Skinner con su utopía conductista *Walden II* (1981) formulada en términos de una sociedad ideal y a Reich-Neil con su utopía humanista (*Summerhil*, 1960, 1970) cuya cristalización como proyecto educativo en los contextos sociales adversos, no permite la valoración adecuada de sus bondades.

La revisión de algunas utopías generadas a lo largo de la historia de la humanidad refuerza la idea de que el pensamiento utópico no puede ser abandonado por los innovadores de la educación. Cada reforma o proyecto educativo implica una labor de construcción de la utopía y por la importancia de este asunto, vale la pena tomar conciencia sobre los contenidos y las formas de llevarlas a cabo.

Así, la problemática real traducida en el aumento de la violencia, señala para la educación la necesidad de una convivencia pacífica, expresada a partir del largo movimiento de los derechos humanos. A raíz de esta necesidad, Adriana Puiggrós (1989), sugiere que dicha utopía se haga presente en los proyectos curriculares como perspectiva general, enfoque o como contenidos específicos, impregnando la formación de las personas hacia una convivencia mejor. En su opinión la reflexión educativa de largo alcance —que avanza hacia el futuro— no deberá reducirse a una proyección de los índices de la situación presente, sino utilizar la mirada prospectiva donde esté presente la historia como mandato, inclusión, fracaso-éxito, negatividad o positividad para evitar el empobrecimiento cultural y para favorecer las construcciones sobre los tiempos nuevos.

A partir de la década de los noventa del pasado siglo XX y específicamente de los planeamientos de CEPAL-UNESCO (1992) sobre transformación productiva con equidad, surge la necesidad de buscar nuevos sentidos para la educación en sus contribuciones al desarrollo social. La vinculación de esta tendencia con el resurgimiento del humanismo, genera un giro de:

> ...Atribuir sentido a la educación por su importancia directa para las personas y no por su importancia indirecta a través de las contribuciones a la economía, a la política, y a la integración y cohesión sociales (Braslavsky, 1992: 26).

Estas ideas desencadenan una gran variedad de sentidos e *imágenes del futuro* de la educación en torno a valores como libertad, equidad, justicia, democracia en general y calidad de vida de las personas.

Se observa un cambio en cuanto a los puntos de referencia. No se analizan las personas en función de las políticas, sino las políticas y estrategias en materia educativa por su contribución al desarrollo de las personas como sujetos y protagonistas en permanente realización.

J. Delors (1996) en el capítulo "La educación o la utopía necesaria", parte de un marco prospectivo dominado por la globalización, para buscar las respuestas a los principales cuestionamientos y trazar algunas orientaciones consensuadas y válidas a nivel nacional y mundial. Ante un panorama de desilusión y desencanto del progreso en el plano económico y social, se propone *aprender a vivir juntos en la aldea global* (p. 11). Las principales tensiones se presentan entre lo universal y lo singular, tradición y modernidad, largo y corto plazo, competencia e igualdad de oportunidades, el extraordinario desarrollo de los conocimientos y las capacidades de asimilación del ser humano y finalmente entre lo espiritual y lo material. Todo esto invita a revalorar los aspectos éticos y culturales de la educación y buscar una cierta unidad en la diversidad (respetando la pluralidad y multiculturalidad), lo que requiere de flexibilidad en los nuevos planteamientos educativos, que se fundamentan en la idea de una educación permanente. Se trata de promover una *sociedad educativa* y *comunidades de aprendizaje*, donde el papel del maestro consista en orientar al alumno sobre lo que la humanidad ha aprendido de ella misma y su naturaleza; sobre todo lo esencial creado e inventado por el hombre. Ante esto, los postulados de *aprender a aprender, aprender a hacer y aprender a ser*, adquieren un nuevo significado en el marco de la convivencia con y para los demás. Ésta es, dice Delors:

> una utopía... pero una utopía necesaria, una utopía esencial para salir del peligroso ciclo alimentado por el cinismo o la resignación (p. 16).

Otra utopía comprende "la sociedad educativa basada en la adquisición, actualización y uso de los conocimientos" (p. 17), donde el conocimiento no sólo es poder o mercancía a la cual no todos pueden acceder, sino un tesoro de la humanidad generado, distribuido y accesado con la mayor equidad posible. Eso requiere que se reconsideren y unan las distintas etapas de la educación por el bien de la formación integral.

En opinión de C. Braslavsky (1999: 27):

> La perspectiva humanista para construir un nuevo paradigma educativo del siglo XXI, no niega la existencia de intereses de grupos y de clases, pero sí supone que existe la posibilidad de que pese a ellos muchos distintos sujetos sean capaces de percibir los riesgos de las luchas despiadadas y los beneficios de los acuerdos y de la construcción de sociedades con mayores oportunidades de integración y de cohesión.

No se niega en esta postura la necesidad de que la educación contribuya al desarrollo económico, político y social pero enfatizando que éstas siempre serán limitadas y deberán analizarse en términos de compatibilidad con la realización de la potencialidad de todas las personas en tanto sujetos en permanente proceso de realización.

Al formular las propuestas de los criterios para un nuevo paradigma en la acción Braslavsky (1999) propone tres grandes líneas:

1. De la escuela ejecutora de las disposiciones del Estado a una escuela inteligente, capaz de formularse las preguntas relevantes y de formar sujetos competentes con identidades múltiples y solventes. Se supone aquí, que es más inteligente una institución educativa donde se reflexionan las alternativas nuevas que aún no se comprenden y donde se pone el énfasis en el aprendizaje, que otra que asume cualquier propuesta como procedimiento operativo y lo ejecuta con eficiencia.
2. La participación de los protagonistas profesionales en las instituciones educativas orientada hacia el protagonismo colectivo de los directores y profesores que, saliéndose de los marcos de reproducción y repetición, trascienda en la creación competente y servicio comprometido en las comunidades educativas.
3. Del conglomerado al sistema articulado. Esto supone la reconceptualización de la estructura por niveles, hacia una estructura ciclada de larga duración, a manera de *escuelas comprehensivas*.

Tal vez para el siglo XXI, más que sobre una utopía determinada, podremos reflexionar acerca de una *diversidad de utopías* que convivirán y se complementarán entre sí.

El debate entre comunitarismo y liberalismo en la educación dio pié a distintas aportaciones para la educación para la democracia y la educación ciudadana (Naval, 1995). Las ideas de la participación comprometida de todos los actores involucrados en la educación se concretizan en una nueva oportunidad de intervención hacia el logro de la

utopía construida mediante y en función de la comunidad educativa, donde la identidad y autonomía personales coadyuvan al desarrollo de la madurez cívica.

El pluri, inter y multiculturalismo a nivel macro y micro (Lovelace, 1999 y Jordán, 1996) abren también una enorme gama de oportunidades para las nuevas propuestas educativas. Estas utopías acompañadas de las políticas de descentralización educativa significan una posibilidad, un *permiso* para fomentar la pluralidad de proyectos y reformas con las que se intenta llegar a la concretización de las acciones propias para las distintas circunstancias, que favorecen el logro del bien consensuado.

En México, el pensamiento utópico no cuenta con mucha tradición y está vinculado sobre todo con los círculos de investigación y las comunidades universitarias, donde se desarrolla el debate entre la tendencia modernizadora y la posmoderna o de la modernidad tardía. En este debate entre el pesimismo y la posibilidad, entre la dispersión y la unidad, entre la decadencia y la creatividad, se elaboran las nuevas formas de pensar el desarrollo social y la educación. A partir de los años ochenta del siglo xx, investigadores como Pablo Latapí, Hugo Zemelmann, Alicia de Alba y Alfredo Furlán, defendieron el espacio de pensar de manera crítica, creativa, comprometida e inédita y aportaron varias ideas para la construcción de la historia posible y el futuro educativo.

La reflexión sobre la utopía resurgió después de las crisis sociopolíticas que pusieron en tela de juicio la educación. En función de esto, se acrecentó la preocupación de los pensadores educativos para tratar de responder el cómo acercarse desde la educación a las utopías anheladas de una sociedad más justa.

Alicia de Alba (1993) advierte que la utopía —como una tarea social y educativa— no sólo es posible sino necesaria y deseable para enfrentar la problemática de la indiferencia, con la esperanza de un futuro mejor, recuperando el carácter pluriético y multicultural de México. Utopía y posmodernidad se perfilan para la autora como una síntesis de múltiples retos que enfrenta actualmente la educación. Entre los que están la miseria, la crisis ambiental, el empobrecimiento cultural, los avances de la ciencia y la tecnología, los medios de comunicación, la informática, las minorías, las mayorías y la democracia. Ante ellos, los nuevos componentes de la utopía educativa tienen que ver con las tendencias en el desarrollo, que comprenden la interdependencia mundial, el desarrollo sustentable y la sustentabilidad ambiental, los derechos humanos y los avances de la ciencia y la tecnología.

En el Congreso Internacional de Educación (Guanajauto, 1999) Pablo Latapí aportó ideas acerca de cómo educar gente honesta en una sociedad deshonesta. Entre sus sugerencias destaca la de fortalecer el criterio propio y la crítica comprometida con el bien común. Así mismo, se observa un resurgimiento de los modelos y metodologías para el desarrollo de la capacidad de pensar y reflexionar, el desarrollo valoral y la construcción de una sociedad sensible a los aspectos de la dignidad humana.

Sintetizando este breve panorama de las utopías educativas, puede señalarse que aunque cambian los términos el concepto de la utopía en y para la educación sigue vigente. Sus extensiones pueden detectarse tanto en la metodología prospectiva como en otras conceptualizaciones del cambio educativo, a través de los conceptos de excelencia o calidad educativa, tan presentes en el discurso educativo de nuestros días.

Universidad, generación y realización de utopías

La Universidad como espacio que promueve la reflexión crítica, la generación y la renovación de conocimiento, tiene un papel fundamental en la construcción de utopías; principalmente en las ciencias sociales y humanidades.

El primer paso en la construcción de las utopías sociales, que es el análisis de la realidad, no siempre ha estado acompañado del segundo, que consiste en la búsqueda de las propuestas y estrategias de solución. Las concepciones de la Universidad como *máxima casa de estudios*, *templo del saber* y de las ciencias *puras* alejadas de lo político, lo ideológico y de algunos sectores de la sociedad, no favoreció el pensamiento utópico.

Es reciente la tendencia de tomar como prioritaria la tarea de vincular la investigación social con los grandes retos del mundo moderno, como la violencia, la pobreza, los desastres ecológicos, la far-

macodependencia y la marginación (y no sólo en el caso de las minorías). Los señalamientos acerca de la *cultura depredadora*, destrucción de la identidad y despersonificación a favor de la manipulación de masas realizados por los representantes de la Escuela de Frankfurt y del enfoque crítico en ciencias sociales y en el campo educativo (Giroux, Apple y McLaren) inspiraron una serie de investigaciones sobre los marginados, olvidados e invisibles en las sociedades modernas de consumo, lucro, *progreso* y barbarie. Dichas aportaciones dentro del enfoque crítico generaron la metodología llamada participante y el modelo de la investigación-acción cuyo objetivo principal es de intervención en las prácticas para lograr su mejoramiento, involucrando en los procesos de gestión y cambio a todos.

En los años sesenta del siglo xx, Darcy Ribeiro (1982) enfrentó dos extremos igualmente paralizantes de la institución universitaria: el de considerar a la universidad como condenada a ser una institución al servicio de los intereses conservadores y el de concebirla como predestinada a constituir el semillero de las vanguardias y cambios violentos. Entre estos dos polos postula una concepción de la Universidad para el cambio y la transformación social deseable. El autor introdujo la categoría utópica en su reflexión sobre la Universidad respetable y factible que podía ser construida a partir del respeto a la historia y a la realidad de América Latina. Propone promover en la Universidad la participación de todos y la realización de investigaciones, seminarios y debates sobre temas nacionales socialmente relevantes, que liberen la energía popular para la edificación de una sociedad solidaria.

Fotografía: José Ventura

Las primeras experiencias de este tipo no siempre resultaron exitosas. En algunos casos el intento de vinculación con el entorno social significó abrir las brechas de un mayor entendimiento. En el caso de algunos sectores como es el empresarial, existe el peligro del servicialismo de la investigación a intereses muy lejanos del rescate de la dignidad humana; es decir, de la utopía a construir. Pero hay que señalar que en varios momentos la interacción con el entorno resultó benéfica para ambas partes: los investigadores y la ciencia por un lado y los distintos sectores por el otro.

Sin duda alguna, la Universidad es también una instancia que desde su misión y visión se compromete con las utopías educativas para formar a los futuros profesionistas e investigadores. En cada institución se elaboran planes y proyectos para el logro de estas metas. Sin embargo, la realidad y los currículos ocultos revelan en muchos casos su ausencia. La actuación con carácter de urgencia y en coyunturas y momentos específicos y la conveniencia y la ineficacia son las principales enemigas de las utopías realizables. Estos problemas, deben conocerse y analizarse con mucha atención, antes de señalar la inutilidad de las utopías en las reformas educativas.

De nuevo, de acuerdo con los postulados de Delors (1996: 21):

> La Universidad podría contribuir a la reforma diversificando su oferta: como lugar de ciencia y fuente de conocimiento que llevan a la investigación teórica o aplicada ....como medio de adquirir calificaciones profesionales conforme a unos estudios universitarios y unos contenidos adaptados constantemente a las necesidades socioeconómicas ...como plataforma privilegiada de la educación durante toda la vida, al abrir sus puertas a los adultos que quieran reanudar los estudios, adaptar y enriquecer sus conocimientos, o satisfacer sus ansias de aprender de todos los ámbitos de la vida cultural ...como interlocutor privilegiado en una cooperación internacional que permita el intercambio de profesores y estudiantes...

Fotografía: José Flores Vega

Las orientaciones propuestas permitirían superar la oposición errónea entre la lógica de la administración pública y la del mercado de trabajo. Además, se encontraría de nuevo el sentido de la autonomía y de la misión intelectual y social de la Universidad en la sociedad, como institución que cultiva y promueve el desarrollo de los valores y del patrimonio cultural; más aún en las naciones en vías del desarrollo.

La conciencia y el consenso sobre estas ideas en las comunidades universitarias, podría ser la base del futuro éxito de la institución universitaria. Entre las condiciones indispensables para el logro de este propósito, más que las materiales, deben señalarse el capital cultural y las que determinan la vida en las *organizaciones que aprenden*. Es decir, el logro en gran medida depende de la comprensión, aprehensión y sinergia en la colaboración de todos los interesados.

Cerrando estas reflexiones debe señalarse que en los últimos años, la investigación educativa desarrollada en las principales universidades del país abrió la posibilidad a nuevas visiones sobre la educación y las instituciones educativas, que enfatizan la democratización y la participación horizontal y comprometida de todos los actores como sujetos protagonistas del cambio. Asimismo, varios proyectos educativos coinciden en los conceptos de calidad, equidad, eficiencia e internacionalización, como claves de las reformas. Todos ellos, además del problema de las diversas acepciones de estos términos, deben confrontarse con la problemática de la diversidad que reclama la construcción de condiciones contextuales básicas para la educabilidad y de las equivalencias en las posibilidades de desplegar toda la potencialidad creativa de los sujetos en la mayor cantidad y diversidad de situaciones.

Además de la Universidad Nacional Autónoma de México, que a pesar de sus fuertes problemas y conflictos es uno de los ejemplos sobre la importancia del pensamiento utópico en la transformación de las comunidades y las realidades universitarias, la Universidad Autónoma de Sinaloa (López Zavala, 1995), después de un largo periodo de deterioro, emprendió un proceso de resignificación, democratización y cambio a partir de la *crítica a la Universidad crítica* y el compromiso con los sectores más necesitados de la sociedad.

Estos dos ejemplos, son sólo una invitación para generar espacios de pensamiento utópico, como base para la definición y resignificación del rumbo de todas las instituciones universitarias.

A manera de cierre

Acabar con las utopías es acabar con la educación y con la humanidad. Lo que aquí se pretende afirmar, es que gracias a las utopías se logró cambiar el rumbo de la historia. Por ende, mientras existan tan graves problemas económicos, políticos, sociales y culturales, trabajar para mejorar las utopías sociales y educativas constituye una de las tareas más importantes del hombre y particularmente de los universitarios.

La utopía nos permite aproximarnos a lo deseable, orientar las acciones cotidianas y afinarlas en función de contextos y realidades. Ante esto, no podemos dejar a un lado las tendencias destructivas a las que nos enfrentamos actualmente. Ante la realidad actual ¿cómo rescatar la dignidad humana?, si la utopía que predomina es meramente tecnológica y eficientista, la utopía que debemos construir ¿será cultural y ecológica?

La utopía educativa no puede pensarse sin la utopía social, donde un elemento de mayor concordancia es una mayor equidad y equilibrio entre las

clases y los sectores sociales, los géneros, las generaciones, las instituciones, las comunidades y los grupos. Si bien, no somos iguales en todos los aspectos, merecemos vivir en equidad; es decir, con las mismas oportunidades de desarrollo y crecimiento.

El proceso de soñar y construir utopías no termina nunca; transformamos la realidad y transformamos las utopías. Una de las condiciones primordiales de estos cambios es cultivar cada vez con mayor intensidad lo más elevado del ser humano. Los valores de solidaridad, búsqueda de consenso, integración de esfuerzos, interrelaciones con el medio natural y social son los pilares en la construcción de las utopías.

Las utopías se generan, tienen presencia e impacto gracias a sus constructores y seguidores. Sólo cuando el proceso de imaginación está acompañado por el proceso de creencia y compromiso, se logran razonar e implantar las utopías. La historia de la humanidad nos enseña que la esclavitud y el racismo, por lo menos en su versión más cruel, fueron derrotados gracias a las utopías de igualdad y gracias a que éstas impregnaron y en algunos casos consumieron la vida de sus defensores.

La Universidad al formar los cuadros de los protagonistas del futuro desarrollo de la sociedad, en primera instancia debe favorecer la actitud visionaria basada en un análisis crítico de las realidades en cada campo y sus consecuencias, para así, no coadyuvar en los desastres ecológicos ni personales. Esta visión catastrófica es la contraparte de las utopías o la consecuencia de su ausencia.

Sin la pretensión de definir la utopía educativa para el siglo XXI, pueden rescatarse de los distintos planteamientos los ejes vertebrales coincidentes y que aparecen reiteradamente como son:

1) El humanista que se ve reflejado tanto en los fines de la educación como en las estrategias de su construcción, mediante las bondades de las diversas propuestas y la elaboración de los consensos incluyentes, indicativos y no prescriptivos para el desarrollo de la educación.
2) La tendencia ecológica en función de la prevención y la protección de la vida y el énfasis en la cultura, como constructora de la identidad.
3) La educación para la convivencia pacífica y la democracia, con un fuerte énfasis en los valores y derechos humanos y la constitución de las comunidades.
4) La participación comprometida de los involucrados con las responsabilidades propias de su posicionamiento en la sociedad.
5) La diversidad y la diversificación creciente. En la diversidad está el origen de la creatividad tan deseada en los perfiles de egreso de las distintas carreras universitarias.

Cabe mencionar también otra bondad de las utopías. Cuando se comparten, se enriquece el sentido de nuestra vida, motivan a su búsqueda y generan la necesidad de entender y respetar las diferencias. ¿Es idealismo? Pues existen en este mundo lugares donde gracias al predominio de estas tendencias se logran niveles de desarrollo humano sobresalientes y el éxito en los proyectos educativos.

Aún falta mucho en relación a la construcción utópica en lo educativo. La Universidad debería ser multiplicadora de estas experiencias en todas sus versiones y con todas las estrategias que se puedan concebir.

Bibliografía

Bloch, Ernest (1977), *Principio esperanza*, Aguilar, Madrid.

Braslavsky, C. (1999), *Re-haciendo escuelas. Hacia un nuevo paradigma en la educación latinoamericana*, Santillana, Buenos Aires.

Cerutti, Guldberg, Horacio (1986), *Hacia una metodología de la historia de las ideas filosóficas en América Latina*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara.

De Alba, Alicia (1993), *El currículum universitario de cara al nuevo milenio*, Universidad de Guadalajara, UNAM, México.

Delors, Jacques (1996), *La educación encierra un tesoro*. Informe de la Unesco de la comisión internacional sobre la educación para el siglo XXI. Unesco, París.

Freire, Paulo (1990), *Pedagogía de la esperanza: un reencuentro con la pedagogía del oprimido*, Siglo XXI, México.

García, Méndez, J.V. (1996), "Utopía y proyecto pedagógico", *Perfiles Educativos*, número 74, volumen XVIII, octubre-diciembre, pp. 5-20.

Jordán, J.A. (1996), *Propuestas de educación Intercultural*, CEAC, Barcelona.

Habermas, Jürgen (1988), *Ensayos políticos*, Ediciones Península, Barcelona.
Lovelace, M. (1999), *Educación Multicultural*, Escuela Española, Madrid.
López, Zavala, Rodrigo (1995), *Utopía y universidad*, UAS, México.
Naval, C. (1995), *Educar ciudadanos. La polémica liberal-comunitarista en educación*, EUNUSA, Navarra.
Ordiales, G. (1996), "Del bien, la utopía y la educación", *Perfiles Educativos*, número 74, Volumen XVIII, octubre-diciembre, pp. 47-56.
Puiggrós, A. (1989), *Imaginación y crisis en la educación latinoamericana*, Alianza-Consejo Nacional para la Cultura y la Artes, México.
Ribeiro, D. (1982), *La universidad necesaria*, UNAM, México.
Skinner, B.F. (1981), *Reflexiones sobre conductismo y sociedad*, Trillas, México.
Neil, A.S. (1960), *Summmerhill*, FCE, México.
Neil, A.S. (1970), *Summerhill pro y contra*, FCE, México.
Varela, Barraza, H. y Escobar, Guerrero, M. (1996), "Utopía: ¿Fuego o esperanza?", *Perfiles Educativos*, número 74, volumen XVII, octubre-diciembre, pp. 73-87.

Notas

[1] Los contenidos aquí presentados están íntimamente ligados a otro texto sobre la relación entre la utopía y las reformas educativas (Kepowicz, Ruiz; 2002).
[2] En términos de Jürgen Habermas.
[3] Anthony Giddens.
[4] Hannah Arendt.